

**II REVISIÓN HISTÓRICA, FILOSÓFICA
ANTROPOLÓGICA**

EL BUEN MAESTRO

Ángel Gabilondo Puyol

EL PERMANENTE APRENDER.

Fue Deleuze quien nos recordó que el verdadero maestro no es el que dice “hazlo como yo”, sino quien te propone “hazlo conmigo”. En última instancia, lo que nos desafía es ser llamados, ser convocados, ser elegidos. Que alguien nos dedique un tiempo de su vida irreplicable, que considere que es interesante que crezcamos, que mejoremos, sólo puede inscribirse, sea cual fuera el estado de ánimo o su disposición inicial, en una suerte de afecto, que puede llegar a ser de afectuoso amor. El propio Deleuze insiste en que un buen curso se parece más a un concierto que a un sermón. Hemos de acompañarnos. Es cuestión de acorde, de resonancia. Acordar con alguien es el mejor modo de propiciar un llegar a acordarse de él. Así, al propiciar una auténtica memoria ya estamos disfrutando de aquello que más merece la pena de aprenderse: aprender a decir gracias, a ser agradecido, a sentirse agraciado. Sólo desde esa experiencia se produce la íntima relación que traen las palabras alemanas agradecer (*danken*) y pensar (*denken*). Pensar de verdad implica siempre un acto de memoria (*Gedächtnis*) y de agradecimiento. Uno no llega a pensar extrayendo de sí, desde sí, su propio saber. La palabra nos viene del otro. Por eso, lo más difícil es aprender a pensar. “Caminamos juntos por esta vía y no dirigimos exhortaciones a nadie. Aprender significa ajustar nuestro obrar y no obrar a lo que en cada caso se nos atribuye como esencial. Pero el enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa dejar aprender. Más aún, el verdadero maestro no deja de aprender nada más que el aprender. Por eso, también su obrar produce a menudo la impresión de que propiamente no se aprende nada de él, si por ‘aprender’ sólo se entiende la obtención de conocimientos útiles (...). De ahí que siga siendo algo sublime llegar a ser maestro, cosa enteramente distinta de ser un docente afamado”¹.

Hemos reiterado que sólo se aprende por contagio, por contacto. El verdadero maestro no se entromete, impidiendo ese encuentro. Ni considera que es él o ella lo interesante, lo que ha de ser atendido. Hay en toda labor de magisterio este primer desprendimiento, una accessis inicial, un gesto en el que lo fundamental es la palabra, la idea, el concepto, la cosa misma, en definitiva el *logos*, y no aquél a cuyo través se dice y se hace. Esta generosidad inicial ha de acompañar toda la tarea del maestro como su *pathos* y su *ethos*. Esta es su primordial donación, la de no querer imponerse, ni creer que se es poseedor de lo que habrá de decirse. Cuando Heráclito aconseja escucharle no a él sino al *logos*, en definitiva está instando a esta sencillez y humildad de la escucha. El maestro antes de reclamar ser escuchado, ha de aprender a ser un oyente de ese decir que nos adviene en ocasiones del silencio lleno de interés de quien mira expectante, necesitado. Aquello que hace hablar al maestro ha de ser lo mismo que le hace escuchar al alumno. Sin esta sintonía no habrá palabra. Por eso, muchas de nuestras enfermedades de palabra, de nuestra falta

¹ Martín Heidegger, *Was heisst denken?*, Max Niemeyer, Tübingen, 3ª, 1971, pp. 49-51 (trad. ¿Qué significa pensar?, Nova, Buenos Aires. Pp. 19-21).

de palabra son, en última instancia, una enfermedad de oído. El buen maestro oye lo nunca dicho, escucha como nadie, incluso lo que está a punto de decirse, incluso lo que quizá nunca nadie diga.

En esto comparte con el alumno el ser permanente estudiante, porque no cree que ya lo sabe todo y mejor que los demás y está dispuesto a dejarse decir algo. En ello se soporta la condición decisiva del maestro, la que le hace contagioso, la curiosidad. No ya la de ver si esto es de ésta u otra manera, sino la de comprobar si se es capaz de pensar algo distinto, llegar a ser otro que quien se es. Por eso el magisterio es una verdadera travesía personal, un itinerario, una *metanoia*, una *paideia* propia, en la que se va siendo maestro, sin llegar de serlo nunca del todo. Sólo la mirada de los demás podrían otorgar esa condición.

IR CON EL MAESTRO.

Alcibiades recibió de Sócrates la indicación de que si deseaba prepararse para llegar a ser un buen gobernante, debería empezar por cuidar de sí, por gobernarse a sí mismo, porque quien no se sabe gobernar a sí mismo, no podrá gobernar la ciudad. Y aquí *gobierno* dice no tanto de una actividad, sin más, política, sino del gobierno de la casa, del gobierno de la nave. Por eso es tan importante el decir verdadero, el decir franco, el decir de verdad. Lo que caracteriza a la *parresia* es precisamente este modo de decir. Nada menos magistral que el futuro disimulo. Pero el efectivo *parresiasta* es quien dice lo que hace, pero hace lo que dice, porque dice y hace lo que es. Ésta es una verdad decisiva para ser contagioso, la de decir de verdad. Por eso, la verdadera mentira, paradojas aparte, no es que alguien diga lo contrario de lo que piensa, aunque también, sino que alguien haga lo contrario de lo que dice. No es sólo una cuestión de coherencia, sino, sobre todo, de que quepa alguna transmisión, algún retorno, aquello que establece las condiciones de la *auctoritas*. Por eso, ser maestro es algo más y algo otro que hacer de, o trabajar de, maestro.

Hemos de insistir, y más que nunca en determinados contextos, que esta tarea comporta una determinada relación con el conocimiento. Éste conforma no sólo pensamiento sino también, y en esa medida, vida. Se trata de procurar una determinada forma de vivir. Ser geógrafo o físico, o filósofo ... no es simplemente ser diestro en determinadas acciones, o poseer ciertos conocimientos. Por supuesto que son imprescindibles. Pero ser maestro es crear las condiciones para que sea factible conjugar esos conocimientos con una manera de vivir, de vivirlos, hasta el punto de incorporarlos a un modo de hacer y de ser que condiciona toda la vida. El conocimiento no ha de ser sólo adquirido sino incorporado. Entonces, no será ni preciso, ni procedente ir “de físico”, o “de filósofo” por la vida. Aprender a sentir y a orientar el vivir por el conocimiento no es un obstáculo para velar por aspectos decisivos, al contrario, ofrece otras posibilidades de existencia, otras modalidades de vida. Por eso, y en el sentido más adecuado del término, un verdadero maestro te enseña a aprender permanentemente a vivir. Y, más aún, a generar y a crear vida por el conocimiento.

No es de extrañar, por tanto, que no sea tan frecuente encontrarse con quien no confunde su magisterio con la simple administración o transmisión del conocimiento, pero es estimulante comprobar que, sin embargo, se es bien consciente de que se trata de vivir por el amor del conocimiento, que no es un simple acopio de conocimientos. De ahí el efecto extraordinario de los buenos maestros, ya que nos impulsan a desear serlo. Y no por el número de adhesiones, o de admiradores que siguen al flautista de Hamelin. El buen maestro nos invita a ir con él tras algo,

no a ir tras él. Nos gusta porque nos desplaza del limitado horizonte en el que desenvolvemos nuestra existencia, alimenta nuestra curiosidad y nos traslada a otras vidas posibles. Es un superviviente de una vida por venir. Sobrevive no de una vida acabada, sino que se sobrepone viviendo por encima, a un lado, o a través del vivir cotidiano que se agota con los valores convencionales, los honores, los poderes, las riquezas, cualquiera que sea la caracterización que hoy les demos. Por eso con él, con ella, aprendemos no sólo a saber sino un modo de saber singular. Y singular significa también aquí irreplicable. De ahí que en definitiva no se puede imitar, si por tal se entiende copiar y reproducir. Sin embargo, el buen maestro es ejemplar. Y no tanto por su individualidad característica, sino porque sin poder reproducirse, sin más, su decir y su hacer, su vivir, sin embargo se puede reiterar, reitinerar. Nos propone horizontes y su caminar nos abre un espacio para la complicidad, la coimplicación, la compañía, Su modo de relacionarse con el saber nos desafía a que busquemos el nuestro propio. En todo caso, compartimos con él no sólo un camino, también una pasión y un conocimiento, siquiera incipiente. Nuestros permanentes balbuceos son, sin embargo, senderos, nuestras incapacidades pasos, nuestra ignorancia, deseo de saber.

EL MAESTRO BUENO.

Con razón se dice que un maestro nos enseña a aprender. Eso no significa que no aprendamos algo. Sólo se aprende a través del conocimiento, a través de lo aprendido. Desconsiderar el conocimiento para apostar por el saber es otra ignorancia, la de quien no ha considerado aún que el conocimiento no es, sin duda, la sabiduría, pero que sin conocer no se puede saber. Saber es entender, comprender, vivir lo sabido. El buen maestro nos acompaña por el conocer a un modo de saber. Matemáticas, Lengua, Biología... apuntan modos de saber, maravillosos saberes. Pero con ellas ha de labrarse algo más que un proceder técnico o tecnocrático, ha de labrarse lo que está por venir. En cierto que ya está en esos modos de conocer, pero señalan y hacen signos hacia un saber que se hace vida. Por eso no sólo hay Biología. También existen los biólogos, las biólogas. Y serlo no se reduce a devenir experto, sino a ver lo que hay con una determinada mirada, preñada de un amor y un conocimiento. Y hay profesores de Biología.

En este proceso de incorporación se establece una enigmática relación con el buen maestro. A veces lo más desconcertante es su sencillez. Eso no excluye la complejidad, sino la simpleza. Basta estar cerca para que uno haya de comportarse de una determinada manera. A comportarse no ya sólo como es, sino como desearía ser. A su lado, no cabe decir cualquier cosa. Y no por temor sino por respeto, para empezar para con uno mismo. No es su poder lo que cautiva, sino su saber, su ser. Incluso su silencio resulta elocuente. Porque abre un espacio ético.

Suele decirse que el buen maestro, la buena maestra, *deja ser*. Pero se malinterpreta si se entiende que se trata de un acto de pasividad, de permisividad o de condescendencia. Dejar ser es un modo de actuar, una forma de acción que consiste en crear las condiciones de posibilidad para la palabra de todos y cada uno, de todas y cada una. Para dejar ser hay que atender mucho, escuchar mucho, ofrecer mucho, dar mucho. Dejar ser es propiciar que brote lo mejor de alguien, impulsar sus cualidades, abrir expectativas, desplazar los horizontes. En definitiva, vuelven con todo su sentido las hermosas palabras de René Char: “desarrollad vuestra legítima rareza”. De ahí que no se trata de aplicar rígida y sistemáticamente un manual de instrucciones. De hecho, “nunca se sabe de antemano cómo alguien llegará a aprender, mediante qué amores se llega a ser bueno

en latín, por medio de qué encuentros se llega a ser filósofo, en qué diccionarios se aprende a pensar. Los límites de las facultades se solapan unos con otros bajo la forma fracturada de lo que lleva y transmite la diferencia. No hay un método para encontrar tesoros y tampoco hay un método de aprender”² Cabe, en todo caso, un modo de proceder, el movimiento del aprender, lo que entrelaza una sensibilidad, una memoria y un pensamiento.

La maravilla de concebir y de alumbrar conceptos acompaña la de crear modos de vida. Al *dejar ser* no simplemente propiciamos toda suerte de ocurrencias, como si se tratara de dejarse llevar. Ha de establecerse todo un procedimiento que favorezca la incorporación del saber, hasta devenir vida propia. Y ello requiere oficio. No es cuestión de mera destreza. Hemos de procurar ser artesanos de la belleza de la propia vida, artífices de la misma y no simples artefactos. Por eso la palabra *oficio* implica una tarea, un deber, una ocupación, una dedicación. Nada más ejemplar, por tanto, que el cuidado y el gobierno de sí mismo, la aceptación de que uno es extraño y diverso para sí mismo, para promover la singularidad. El buen maestro, la buena maestra, sabe que la constitución de sí en una vida entregada al saber y al conocimiento es la clave del reconocimiento del otro, en su alteridad irreductible. Sabe que integrar no es asimilar. Sabe que lo común se sostiene en el derecho a la diferencia sin diferencia de derechos. Sabe incluso que es preciso preservar la permanente capacidad de sorpresa ante la mirada irrepitable de alguien que busca ser libre y justo y precisa de la palabra próxima, amiga, y con conocimiento, para emprender un camino hacia otras posibilidades. Y sabe que requiere el impulso y el afecto de los demás para no ceder a la resignación o a la rutina. Sabe que nunca sabrá del todo. Y sabe que no es indiferente cómo sea, es decir cómo haga, es decir cómo se comporte. Aprender es hacer el movimiento. Por eso el buen maestro ha de ser un maestro bueno, aquello que se guarda en la expresión, que suele decirse con ingenuidad, con mucha ternura y con verdad, ha de “ser buena gente”.

² Giles Deleuze, *Différence et répétition*, 4ª, Presses Universitaires de France, París, 1981, pp. 214-215 (trad. Diferencia y repetición, Júcar, Gijón, 1988, p. 272).